

EL LENGUAJE Y LA COMUNICACIÓN

La lengua y la comunicación son diferentes entre sí, pero una necesita a la otra y al mismo tiempo existe por separado. El diccionario define la lengua como un sistema de comunicación formado por un conjunto de símbolos escritos y sonoros que los habitantes de una región o país utilizan para escribir o hablar. Por otra parte, tanto el envío como la recepción de mensajes, ya sea por métodos verbales o no verbales, equivale a la comunicación.

En la comunicación, las personas intercambian información o mensajes a través de diversos medios. Puede ser verbalmente, mediante acciones no verbales, representaciones gráficas y escritas como mapas, tablas, dibujos o infografías, o a través de señales y signos.

La lengua, por su parte, desempeña un papel esencial en el proceso de comunicación. Las personas de todo el mundo utilizan una lengua específica para comunicarse, lo que demuestra el hecho de que la lengua y la comunicación están entrelazadas, razón por la que algunas personas no ven la diferencia entre ambas.

Elementos de la comunicación

Para que se produzca la comunicación debe haber alguien que envíe y otra persona que reciba un mensaje determinado. Tanto el emisor como el receptor deben interpretar el mensaje para extraer su significado. Los mensajes se transmiten de ida y vuelta a través de la retroalimentación. La retroalimentación puede ser a través de palabras o de acciones no verbales como diversos gestos, suspiros, mirar hacia otro lado o asentir.

En la comunicación se tienen en cuenta otros factores. El emisor o el receptor del mensaje tienen que tener en cuenta el contexto del mensaje, el lugar en el que se emite y la posible intervención cuando se envía o se recibe el mensaje.

Diferencias en el lenguaje y la comunicación

Existe una fina línea que diferencia la lengua y la comunicación y algunas personas no lo reconocen. Cuando se habla de lengua, se refiere al sistema de comunicación que depende de métodos verbales y no verbales para poder transferir la información. La comunicación es la forma en que dos personas o un grupo intercambian información o mensajes. Se puede decir que el lenguaje es una herramienta mientras que la comunicación es el proceso de utilización de esa herramienta. El lenguaje se centra en las palabras, los símbolos o los signos mientras que la comunicación se centra en el mensaje.

Responde con tus palabras:

¿Qué es la lengua?

¿Qué es la comunicación?

LOS LECTOS

Cuando el uso de una variedad determinada del español depende de algunas características del emisor, se habla de lectos. Las características relevantes del emisor son tres. Por lo tanto, se distinguen tres lectos.

DIALECTO: variante del español que depende del lugar. Por ejemplo:

Pásame la chamarra que tengo frío. (Variedad mexicana)

Tenés que tomar un bondi para ir a trabajar. (Variedad rioplatense)

Me mola la nueva película de terror. (Variedad española)

SOCIOLECTO: variante que depende del grado de formación cultural o educación. Por ejemplo:

Con regocijo, el Congreso da inicio a las deliberaciones sobre la evolución de las corrientes filosóficas contemporáneas. (Sociolecto alto o culto)

Carlos, te pido por favor que me traigas el informe de inmediato. (Sociolecto medio)

No creo que haiga nada abierto ahora. (Sociolecto bajo o vulgar)

CRONOLECTO: variante que depende de la edad del hablante. Por ejemplo:

Mira el guau guau. (Cronolecto infantil)

Los haters no paran de comentar mi story. (Cronolecto juvenil)

El dinero recaudado será donado para beneficencia. (Cronolecto adulto)

Identificar las variedades lingüísticas:

¿Vos estás de acuerdo con lo que te dije?

Está todo cool.

Disculpe, señor, ¿podría sentarse más adelante, por favor?

REGISTROS

Cuando el uso de una variedad determinada del español depende de la situación comunicativa en la que participa el emisor, entonces se habla de registros. Los rasgos relevantes de la situación comunicativa son básicamente tres, por lo tanto podemos hablar de tres formas de clasificar los registros:

Registro formal o informal

Registro especializado o general

Registro oral o escrito

TEXTO, CONTEXTO Y PARATEXTO

El texto, contexto y paratexto son elementos clave en la comunicación escrita:

el texto es el mensaje central, el contexto son las circunstancias (históricas, sociales) que lo rodean y dan sentido, y el paratexto son los elementos periféricos (título, imágenes, índice) que acompañan, organizan y facilitan la lectura.

Texto: Unidad coherente y cohesionada de comunicación (escrita u oral). Es la obra principal (artículo, libro, noticia).

Contexto: Entorno físico, social, cultural o histórico en el que se emite y recibe el texto. Define las circunstancias que ayudan a su interpretación.

Paratexto: Todo aquello que rodea al texto principal y funciona como guía. Los paratextos tienen dos funciones principales: informar sobre el contenido del texto y atraer al lector, facilitando la comprensión y anticipando el género del texto.

TIPOS DE TEXTO

Los tipos de textos se clasifican según su intención comunicativa en narrativos (cuentan hechos), descriptivos (detallan características), expositivos (informan objetivamente), argumentativos (persuaden con razones) e instructivos (guían acciones). Cada uno utiliza estructuras y lenguaje específicos, como verbos de acción en la narración o adjetivos en la descripción.

Texto Narrativo: Relata una serie de eventos reales o ficticios en un tiempo y lugar (cuentos, novelas, noticias).

Texto Descriptivo: Detalla características de objetos, personas, lugares o situaciones (retratos, catálogos, reportajes de viajes).

Texto Expositivo: Explica un tema de manera objetiva para informar o instruir (ensayos académicos, manuales, artículos científicos)

Texto Argumentativo: Busca convencer al lector sobre un punto de vista mediante razones y argumentos (editoriales, ensayos, discursos políticos).

Texto Instructivo: Guía al receptor para realizar una actividad o seguir normas (recetas, manuales de usuario).

Texto Dialogado: Reproduce el intercambio de palabras entre personajes o personas (teatro, entrevistas).

Características clave:

Objetividad vs. Subjetividad: Los textos científicos o expositivos buscan la objetividad, mientras que los literarios o de opinión permiten la subjetividad.

Estructura: Muchos siguen un patrón de introducción, desarrollo y conclusión, especialmente los expositivos y argumentativos.

Uso del lenguaje: Uso frecuente de verbos de acción (narrativos), adjetivos sensoriales (descriptivos), o lenguaje formal y técnico (expositivos).

SOPORTES TEXTUALES

Los soportes textuales son los materiales físicos o digitales que contienen, sustentan y permiten la circulación de los textos escritos, tales como libros, revistas, papel, pantallas, carteles o tablillas. Se caracterizan por presentar la información en formatos continuos, discontinuos o mixtos, adaptándose a diferentes propósitos comunicativos (informar, persuadir).

Características principales de los soportes textuales:

Tipos de materiales: Históricamente incluyen arcilla, papiro, pergamino y papel.

Actualmente predominan los soportes digitales (pantallas, redes sociales, e-books).

Formato de presentación: El formato define cómo se organiza el texto en el soporte, incluyendo diseño, tipografía y distribución espacial.

Relación material-texto: El soporte a menudo influye en la lectura; por ejemplo, un cartel utiliza textos breves e imágenes (soporte mixto), mientras un libro se basa en textos continuos.

COHERENCIA Y COHESION

Para que un texto sea comprensible y se pueda identificar el tema que aborda, es necesario que su construcción interna presente dos elementos cruciales que de seguro has escuchado alguna vez: coherencia y cohesión.

¿Qué es la coherencia?

Es un recurso lingüístico formal que tiene la finalidad de organizar el texto de manera tal que las ideas presenten conexión entre sí para entregar un mensaje comprensible.

¿Cómo saber si un texto es coherente?

Si puedes responder la pregunta “de qué se trató lo que leí”, entonces sí había coherencia en él.

Existen dos tipos de coherencia:

Coherencia global: se observa cuando a lo largo de un texto, ya sea de una o quinientas páginas, es posible determinar una idea clara o un tema preciso. Coherencia local: corresponde a las relaciones que se establecen en las distintas partes de un texto, entre oraciones y párrafos.

Ejemplo:

El síndrome de Asperger es un trastorno del neurodesarrollo que afecta al funcionamiento social, la comunicación y el lenguaje, la capacidad motora y las actividades e intereses del individuo que lo sufre, pese a que la inteligencia es normal. Actualmente el síndrome de Asperger ha sido descatalogado del manual de criterios diagnósticos DSM-5 y esta categoría ha pasado a estar englobada dentro de los trastornos del espectro autista. Sin embargo, cabe explicar aquí sus causas, síntomas y señales para poner en contexto una etiqueta diagnóstica que fue ampliamente usada durante las últimas décadas.

La causa del síndrome de Asperger parece ser la disfunción de varios circuitos cerebrales, y las zonas afectadas son la [amígdala, los circuitos frontoestriados y temporales y el cerebelo](#), estructuras que están involucradas en el desarrollo de la relación social.

En cada párrafo, es posible comprender el tema central, pues las ideas son claras y concretas.

¿Comprendes ahora la importancia de la coherencia? Además, esta no sería posible si no existiera la cohesión.

¿Qué es la cohesión?

Es una propiedad fundamental del texto que le proporciona sentido tanto a los enunciados (frases u oraciones) como al conjunto de estos.

La cohesión de un texto dependerá de la distribución y el orden de los elementos que componen una oración, estos pueden ser palabras que funcionan como conectores o signos de puntuación.

Ejemplo:

A) Caminé, caí, me puse de pie

B) No iré a la playa, sino al río

En el ejemplo A, se utiliza la coma para separar los elementos que constituyen el enunciado, mientras que en el B, se aplica la coma y un conector “sino”. Ambos son comprensibles, por lo tanto, se puede decir que tienen cohesión.

CONECTORES TEXTUALES

Los conectores textuales son palabras o locuciones (como sin embargo, por lo tanto, además) que estructuran un texto, uniendo oraciones y párrafos para darles cohesión, coherencia y fluidez. Estas herramientas discursivas facilitan la comprensión al establecer relaciones lógicas como causa-consecuencia, adición, oposición o secuencia temporal.

Tipos principales y ejemplos:

Adición (suman ideas): Además, asimismo, también, incluso.

Adversativos (oposición/contraste): Sin embargo, no obstante, por el contrario, pero.

Consecutivos (causa-efecto): Por tanto, en consecuencia, así pues, entonces.

Orden/Estructuradores (organizan el discurso): En primer lugar, a continuación, finalmente.

Explicativos/Reformuladores (aclaran ideas): Es decir, esto es, en otras palabras, de hecho.

Temporales (relación de tiempo): Antes, después, luego, simultáneamente.

Su uso adecuado permite al lector seguir el hilo argumentativo sin dificultades, mejorando notablemente la redacción.

TÉCNICAS DE ESTUDIO

Las técnicas de estudio como la toma de apuntes, notas marginales, síntesis y resumen son estrategias activas fundamentales para procesar información, mejorar la retención y facilitar el repaso.

Técnicas Clave de Estudio:

Toma de Notas o Apuntes: Registro fragmentario pero completo de ideas clave durante una clase o lectura.

Técnica: Escucha/lectura activa, uso de abreviaturas, oraciones breves y claras, y estructuración con títulos y recuadros.

Notas Marginales: Anotaciones breves en el margen del texto (palabras clave o frases cortas) que resumen la idea principal de un párrafo.

Técnica: Lectura comprensiva previa, identificar la idea principal del párrafo y sintetizarla en el margen, a menudo usando sustantivos.

Síntesis: Reestructuración personal de las ideas principales de un texto, utilizando un vocabulario propio pero manteniendo la esencia.

Técnica: Leer el texto completo, identificar ideas principales (generalmente subrayando), reelaborar el contenido con palabras propias y relacionar los conceptos.

Resumen: Reducción del texto original a sus ideas fundamentales, utilizando, en gran medida, la redacción del autor, pero omitiendo detalles secundarios.

Técnica: Lectura comprensiva, identificación de ideas principales, y redacción breve y cohesiva del contenido esencial.

LOS GÉNEROS LITERARIOS

Los géneros literarios son los distintos grupos o categorías en que podemos clasificar las obras literarias atendiendo a su contenido.

La primera clasificación de los géneros literarios es la de Aristóteles, célebre filósofo griego que vivió entre los años 384 y 322 a. C., quien los redujo a tres: épica, lírica y dramática.

Actualmente, los géneros literarios se dividen en:

Género narrativo

Agrupar a todas las obras literarias en las que hay un narrador que, a través de un discurso oral o escrito, generalmente en prosa, relata una historia destinada a oyentes (como en la epopeya griega o los cantares de gesta medievales) o a lectores (como en la novela moderna).

Género lírico

Expresa sentimientos y pensamientos, en este predomina la subjetividad del escritor. Suele escribirse en versos pero también existen en prosa.

El género épico se refiere a los textos poéticos de carácter narrativo. Algunas de las composiciones épicas son: la epopeya, el canto épico, el poema histórico, el poema burlesco, la leyenda y el romance.

Género dramático o teatral

Es el tipo de género que se usa en el teatro, en el que por medio del diálogo y algunos personajes, el autor plantea conflictos diversos. Puede estar escrito en verso o en prosa. Su finalidad esencial es la representación ante el público.

Las obras teatrales son diálogos entre distintos personajes que se escriben especialmente para ser representados frente al público.

ESPECIES NARRATIVAS: EL CUENTO Y LA NOVELA

El cuento y la novela son las principales especies narrativas, caracterizadas por relatar acciones en prosa, escritas por un narrador. El cuento destaca por su brevedad, trama única e intensa concentración, mientras que la novela es extensa, con tramas complejas, múltiples personajes y mayor profundidad psicológica.

El Cuento

Relato breve, conciso y de alta intensidad.

Características: Una sola línea de acción, pocos personajes, desenlace rápido.

Tipos:

Popular/Tradicional: De hadas, fábulas, mitos y leyendas.

Literario: Fantástico, de ciencia ficción, policial/detectivesco, de terror, satírico o realista.

La Novela

Narración extensa y compleja que detalla la vida de los personajes en un "microcosmos".

Características: Subtramas, mayor desarrollo psicológico, capítulos.

Tipos principales:

Realista: Refleja la realidad social.

Histórica: Ambientada en un periodo histórico pasado.

Fantástica: Mundos imaginarios con reglas propias.

Ciencia Ficción: Basada en avances tecnológicos o futuros distópicos.

Policial/Detectivesca: Resolución de un crimen o misterio.

Epistolar: Narrada a través de cartas o diarios.

Novela de formación: Evolución del personaje.

Ambas especies se diferencian principalmente por su extensión, la complejidad de sus tramas y el nivel de detalle en sus personajes.

USO DEL DIÁLOGO Y LA DESCRIPCIÓN

La narración combina el relato de acciones con descripciones de lugares/personajes y diálogos directos (usando rayas "—" para separar voces), permitiendo avanzar la trama mientras se da vivacidad a los personajes y se detalla el entorno. Esta combinación permite crear ambientes inmersivos, alternando la voz del narrador con la de los personajes.

Ejemplo de Narración, Descripción y Diálogo:

El viejo faro, con sus paredes descascaradas por el salitre y una cúpula de cobre oxidado, se alzaba imponente sobre el acantilado rocoso. Elena ajustó su bufanda roja para protegerse del viento helado que soplaba esa tarde gris. Caminó hacia la entrada y encontró a Julián, el farero, limpiando con esmero un farol antiguo.

—Buenas tardes, Julián. El mar parece bravo hoy —dijo Elena, acercándose a la puerta. Julián levantó la vista, sonriendo levemente bajo su tupida barba blanca.

—Más que bravo, niña. Es la peor tormenta que he visto en años, mejor quédate cerca del refugio —respondió él, señalando las pesadas escaleras de caracol que conducían a la sala superior.

Elementos Clave:

Descripción: "Paredes descascaradas", "cúpula de cobre oxidado", "viento helado", "tarde gris", "tupida barba blanca".

Narración: "Elena ajustó su bufanda...", "Caminó hacia la entrada...", "Julián levantó la vista...".

Diálogo (Estilo Directo): Uso de la raya (—) para las intervenciones de los personajes y el verbo de habla ("respondió él").

LOS TIEMPOS VERBALES EN LA NARRACIÓN

La narración refiere hechos, acciones; por eso en ellas el tipo de palabras más importante es el verbo. La mayoría de las narraciones relatan acontecimientos ocurridos en el pasado; de ahí que el tiempo más característico de este tipo de textos sea el pretérito perfecto simple o indefinido (vino, llegó, dijo). Cuando se desea señalar anterioridad al momento de los hechos, se utiliza el pretérito pluscuamperfecto (Ya le había notificado...).

A veces, se utilizan también el presente, más atemporal, y el pretérito imperfecto, que son más propios de las descripciones.

Por último, hay que resaltar el uso del gerundio. Esta es una forma verbal no personal (terminada en -ndo) que denota una acción en proceso, simultánea o anterior a la del verbo principal, funcionando a menudo como circunstancial de modo, tiempo o causa.

TIPOS DE DESCRIPCIÓN

Los tipos de descripción se clasifican principalmente por la intención del emisor (objetiva o subjetiva) y por el elemento descrito (personas, lugares, épocas, etc.),

destacando la objetiva (hechos sin opinión, como en ciencia) y la subjetiva (emociones y juicios de valor, como en literatura).

GÉNERO LÍRICO: LA POESÍA

La poesía es un género literario caracterizado por la expresión estética del lenguaje, estructurado mediante el ritmo, la rima y la métrica, u otras formas de verso libre. Se compone de versos y estrofas, utilizando recursos de estilo o figuras retóricas para embellecer el mensaje y evocar emociones, priorizando la sonoridad y el significado. Nociones de Versificación y Métrica

Verso: Unidad básica que divide el poema en líneas, con una medida y ritmo específicos.

Estrofa: Conjunto de versos organizados.

Métrica: Medida de sílabas poéticas por verso, donde influyen licencias como la sinalefa.

Arte menor/mayor: Versos de 8 sílabas o menos son arte menor; de 9 o más, arte mayor.

Ritmo: Distribución acentual que da musicalidad.

Rima

Repetición de sonidos al final de los versos, a partir de la última vocal acentuada:

Consonante: Coinciden vocales y consonantes (ej: canción/nación).

Asonante: Solo coinciden las vocales (ej: casa/rama).

Verso blanco/libre: Versos sin rima, o sin rima ni métrica definida.

Recursos de Estilo (Figuras Retóricas)

Formas de emplear el lenguaje para potenciar la expresividad:

Metáfora: Identificación de un término real con uno imaginario.

Comparación (Símil): Relación de semejanza con "como" o "parece".

Aliteración: Repetición de sonidos para lograr un efecto sensorial.

Hipérbaton: Alteración del orden lógico de las palabras.

Anáfora: Repetición de palabras al inicio de versos consecutivos.

TEXTO ARGUMENTATIVO

El texto argumentativo tiene como objetivo convencer al lector mediante una estructura clara: introducción (presentación del tema y tesis), desarrollo (argumentos y contraargumentos) y conclusión (síntesis y reafirmación). Utiliza conectores lógicos para cohesionar ideas: causales (porque, dado que), consecutivos (por lo tanto, en consecuencia), adversativos (sin embargo, pero) y ordenadores (en primer lugar, finalmente).

1. Estructura del Texto Argumentativo

Introducción: Define el tema y formula la tesis (postura del autor).

Desarrollo (Cuerpo Argumentativo): Expone los argumentos, pruebas y ejemplos que sustentan la tesis. Incluye la contraargumentación (refutación de posturas contrarias) para mayor fuerza.

Conclusión: Sintetiza los argumentos y reafirma la tesis final.

2. Conectores Argumentativos

Son esenciales para enlazar ideas con coherencia y precisión.

Ordenadores/Estructuradores: Para organizar las partes del texto (en primer lugar, por otro lado, a continuación, finalmente).

Causales y Consecutivos: Para establecer causa y efecto (porque, ya que, por lo tanto, por consiguiente, debido a, así que).

Adversativos/Contraargumentativos: Para contrastar ideas (sin embargo, pero, no obstante, por el contrario, a pesar de).

Adición/Refuerzo: Para añadir argumentos (además, asimismo, encima, por otra parte).

Conclusivos: Para finalizar (en conclusión, en suma, en resumen, por lo tanto, finalmente).

Ejemplificación: Para detallar (por ejemplo, es decir, a saber).

3. Características adicionales

Finalidad persuasiva: Se busca convencer o influir en la opinión del lector.

Coherencia: Uso de conectores para evitar saltos bruscos.

Temática: Usualmente temas debatibles, tratados en ensayos, artículos de opinión y discursos.

TEXTOS INSTRUMENTALES

Los textos instrumentales, como las cartas formales y comerciales, son documentos estructurados diseñados para cumplir propósitos prácticos específicos —solicitar, informar, o gestionar trámites— en ámbitos laborales o académicos. Se caracterizan por usar un lenguaje claro, conciso y un formato preestablecido, facilitando la comunicación directa.

Estructura estándar de la carta:

Lugar y fecha: Parte superior derecha.

Destinatario: Nombre, cargo e institución a la izquierda.

Cuerpo: Introducción, desarrollo del motivo y conclusión.

Despedida: Fórmula breve de cierre.

Firma: Nombre del remitente.

Características clave:

Objetivo: Funcionalidad y precisión, evitando la ambigüedad.

Registro: Generalmente formal.

Tipos: Cartas de solicitud, cartas de presentación, memorándums, entre otros.

Estos documentos son fundamentales para la interacción administrativa y profesional, asegurando que la información sea Clara y cumpla con los requisitos formales.

LA CARTA DE PRESENTACION

La carta de presentación es un documento instrumental formal que acompaña al currículum vitae, cuyo objetivo es presentarse ante una empresa, resaltar habilidades y experiencia, y despertar el interés para obtener una entrevista laboral. Utiliza un lenguaje claro, conciso y estructurado, ya sea en respuesta a una oferta o por autocandidatura.

EL CURRICULUM VITAE

El [Curriculum Vitae](#) (CV) es un texto instrumental esencial en el ámbito laboral, diseñado para presentar de manera clara, directa y estructurada la trayectoria académica y profesional de una persona. Con una extensión de una a dos páginas, busca conseguir una entrevista destacando conocimientos y capacidades mediante datos objetivos.

Estructura y Componentes Clave:

Datos Personales: Nombre, contacto (teléfono, correo), sin incluir información excesiva o innecesaria.

Perfil Profesional: Resumen conciso de habilidades y experiencia.

Experiencia Laboral: Detallada cronológicamente (generalmente al revés, lo más reciente primero), mencionando puestos, empresas y fechas.

Formación Académica: Estudios superiores, títulos y cursos relevantes.

Habilidades: Conocimientos técnicos, idiomas o herramientas informáticas.

Características Principales:

Finalidad: Conseguir un empleo o beca.

Formato: Estructura predefinida, clara y legible, idealmente en PDF para asegurar que el diseño no se modifique.

Estilo: Lenguaje objetivo, directo y sin errores de ortografía.

Personalización: Adaptar el contenido de la experiencia y habilidades al puesto que se solicita.

Textos Relacionados:

El CV suele acompañarse de una carta de presentación, que personaliza la solicitud y destaca la motivación del candidato, ampliando la información de manera más discursiva.

TEXTOS INSTRUMENTALES: LA PUBLICIDAD

Los textos instrumentales publicitarios son piezas de comunicación diseñadas para convencer al receptor sobre las cualidades de un producto, servicio o idea, fomentando su consumo. Utilizan lenguaje persuasivo, apelativo, llamativo y formatos visuales o audiovisuales en medios como prensa, internet, cine y televisión para lograr un impacto comercial.

Objetivo: Persuadir al consumidor para adquirir un producto, contratar un servicio o adoptar una idea/comportamiento.

Características:

Lenguaje apelativo: Se dirige directamente al receptor (uso de imperativos).

Estética llamativa: Uso de colores, tipografías y recursos gráficos para captar atención.

Brevedad y Claridad: Mensajes directos para una rápida comprensión.

Estructura: Generalmente consta de titular, cuerpo del mensaje, eslogan y marca.

Tipos:

Anuncios Impresos: Vallas, afiches, volantes, revistas.

Anuncios Audiovisuales: Comerciales de TV, cine, redes sociales.

Anuncios Radiales: Spots auditivos.

Función: Además de comercial, buscan crear o reforzar la cultura de masas y valores ideológicos.

Estos textos no solo informan, sino que buscan una acción inmediata o a largo plazo por parte del público objetivo.

TEXTOS LITERARIOS

EL ULTIMO PARTIDO DE ROSENDO BOTTARO

Había jugado muchos años en primera. Ahora unos muchachos lo habían convencido para que integrara un cuadrado de barrio en un torneo nocturno: «Con usted Bottaro, no podemos perder».

Bottaro no era un pibe pero tenía clase. Confiaba en su toque, en su gambeta corta, en su tiro certero. Su aparición en la cancha mereció algún comentario erudito: «Ese es Bottaro, el que jugó en Ferro o en Lanús...». Se permitió el lujo de algunos malabarismos trancos antes de empezar el partido.

La noche era oscura y fría. Las tristes luces de la cancha de Urquiza dejaban amplias llanuras de tinieblas donde los «wines» hacían maniobras invisibles. En la primera jugada, Bottaro comprendió que estaba viejo. Llegó tarde y él sabía que la tardanza es lo que denuncia a los mediocres: los «cracks» llegan a tiempo o no se arriesgan.

Pero no se achico. Fue a buscar juego más atrás y no tuvo suerte. Luego se mezcló con los delanteros buscando algún cabezazo y la pelota volaba siempre muy alto. Apelo a su «pasta» de organizador: grito con firmeza pidiendo calma o pre anunciando jugadas,

pero sus vaticinios no se cumplieros. Ya en el segundo tiempo dejo pasar magistralmente una pelota entre sus piernas, pero el que acompañaba la jugada no entendió la «agudeza».

Después se sintió cansado. Oyo algunas burlas desde la escasa tribuna. En los últimos minutos no se lo vio más. A decir verdad, cuando termino el partido, ya no estaba. Lo buscaron para que devolviera su camiseta, pero el hombre había desaparecido. Algunos pensaron que se había extraviado por las sombras del lateral derecho.

Esa noche, unos chicos que vendían caramelos en la estación, vieron pasar a un hombre viejo, canoso, vestido con casaca roja y pantalón corto. Dicen que iba llorando...

ALEJANDRO DOLINA

Viejo con árbol

A un costado de la cancha había yuyales y, más allá, el terraplén del ferrocarril. Al otro costado, descampado y un árbol bastante miserable. Después las otras dos canchas, la chica y la principal. Y ahí, debajo de ese árbol, solía ubicarse el viejo.

Había aparecido unos cuantos partidos atrás, casi al comienzo del campeonato, con su gorra, la campera gris algo raída, la camisa blanca cerrada hasta el cuello y la radio portátil en la mano. Jubilado seguramente, no tendría nada que hacer los sábados por la tarde y se acercaba al complejo para ver los partidos de la Liga. Los muchachos primero pensaron que sería casualidad, pero al tercer sábado en que lo vieron junto al lateral ya pasaron a considerarlo hinchada propia. Porque el viejo bien podía ir a ver los otros dos partidos que se jugaban a la misma hora en las canchas de al lado, pero se quedaba ahí, debajo del árbol, siguiéndolos a ellos.

Era el único hinchista legítimo que tenían, al margen de algunos pibes chiquitos; el hijo de Norberto, los dos de Gaona, el sobrino del Mosca, que desembarcaban en el predio con las mayores y corrían a meterse entre los cañaverales apenas bajaban de los autos.

—Ojo con la vía -alertaba siempre Jorge mientras se cambiaban.

—No pasan trenes, casi -tranquilizaba Norberto. Y era verdad, o pasaba uno cada muerte de obispo, lentamente y metiendo ruido.

—¿No vino la hinchada?-ya preguntaban todos al llegar nomás, buscando al viejo-. ¿No vino la barra brava?

Y se reían. Pero el viejo no faltaba desde hacía varios sábados, firme debajo del árbol, casi elegante, con un cierto refinamiento en su postura erguida, la mano derecha en alto sosteniendo la radio minúscula, como quien sostiene un ramo de flores. Nadie lo conocía, no era amigo de ninguno de los muchachos.

—La vieja no lo debe soportar en la casa y lo manda para acá -bromeó alguno.

—Por ahí es amigo del referí —dijo otro. Pero sabían que el viejo hinchaba para ellos de alguna manera, moderadamente, porque lo habían visto aplaudir un par de partidos atrás, cuando le ganaron a Olimpia Seniors.

Y ahí, debajo del árbol, fue a tirarse el Soda cuando decidió dejarle su lugar a Eduardo, que estaba de suplente, al sentir que no daba más por el calor. Era verano y ese horario para jugar era una locura. Casi las tres de la tarde y el viejo ahí, fiel, a unos metros, mirando el partido. Cuando Eduardo entró a la cancha —casi a desgano, aprovechando

para desperezarse— cuando levantó el brazo pidiéndole permiso al referí, el Soda se derrumbó a la sombra del arbolito y quedó bastante cerca, como nunca lo había estado: el viejo no había cruzado jamás una palabra con nadie del equipo.

El Soda pudo apreciar entonces que tendría unos setenta años, era flaquito, bastante alto, pulcro y con sombra de barba. Escuchaba la radio con un auricular y en la otra mano sostenía un cigarrillo con plácida distinción.

—¿Está escuchando a Central Córdoba, maestro? —medio le gritó el Soda cuando recuperó el aliento, pero siempre recostado en el piso. El viejo giró para mirarlo. Negó con la cabeza y se quitó el auricular de la oreja.

—No -sonrió. Y pareció que la cosa quedaba ahí. El viejo volvió a mirar el partido, que estaba áspero y empatado-. Música -dijo después, mirándolo de nuevo.

-¿Algún tanguito? —probó el Soda.

—Un concierto. Hay un buen programa de música clásica a esta hora.

El Soda frunció el entrecejo. Ya tenía una buena anécdota para contarles a los muchachos y la cosa venía lo suficientemente interesante como para continuarla. Se levantó resoplando, se bajó las medias y caminó despacio hasta pararse al lado del viejo.

—Pero le gusta el fútbol —le dijo—. Por lo que veo.

El viejo aprobó enérgicamente con la cabeza, sin dejar de mirar el curso de la pelota, que iba y venía por el aire, rabiosa.

—Lo he jugado. Y, además, está muy emparentado con el arte —dictaminó después—. Muy emparentado.

El Soda lo miró, curioso. Sabía que seguiría hablando, y esperó.

—Mire usted nuestro arquero —efectivamente el viejo señaló a De León, que estudiaba el partido desde su arco, las manos en la cintura, todo un costado de la camiseta cubierto de tierra—. La continuidad de la nariz con la frente. La expansión pectoral. La curvatura de los muslos. La tensión en los dorsales —se quedó un momento en silencio, como para que el Soda apreciara aquello que él le mostraba—. Bueno... Eso, eso es la escultura...

El Soda adelantó la mandíbula y osciló levemente la cabeza, aprobando dubitativo.

—Vea usted —el viejo señaló ahora hacia el arco contrario, al que estaba por llegar un córner— el relumbrón intenso de las camisetas nuestras, amarillo cadmio y una veladura naranja por el sudor. El contraste con el azul de Prusia de las camisetas rivales, el casi violeta cardenalicio que asume también ese azul por la transpiración, los vivos blancos como trazos alocados. Las manchas ágiles ocre, pardas y sepias y Siena de los mulos, vivaces, dignas de un Bacon. Entrecierre los ojos y aprécielo así... Bueno... Eso, eso es la pintura.

Aún estaba el Soda con los ojos entrecerrados cuando al viejo arreció.

—Observe, observe usted esa carrera intensa entre el delantero de ellos y el cuatro nuestro. El salto al unísono, el giro en el aire, la voltereta elástica, el braceo amplio en busca del equilibrio... Bueno... Eso, eso es la danza...

El Soda procuraba estimular sus sentidos, pero sólo veía que los rivales se venían con todo, porfiados, y que la pelota no se alejaba del área defendida por De León.

—Y escuche usted, escuche usted... —lo acicateó el viejo, curvando con una mano el pabellón de la misma oreja donde había tenido el auricular de la radio y entusiasmado tal vez al encontrar, por fin, un interlocutor válido—... la percusión grave de la pelota cuando bota contra el piso, el chasquido de la suela de los botines sobre el césped, el fuelle quedo de la respiración agitada, el coro desparejo de los gritos, las órdenes, los alertas, los insultos de los muchachos y el pitazo agudo del referí... Bueno... Eso, eso es la música...

El Soda aprobó con la cabeza. Los muchachos no iban a creerle cuando él les contara aquella charla insólita con el viejo, luego del partido, si es que les quedaba algo de ánimo, porque la derrota se cernía sobre ellos como un ave oscura e implacable.

—Y vea usted a ese delantero... —señaló ahora el viejo, casi metiéndose en la cancha, algo más alterado—... ese delantero de ellos que se revuelca por el suelo como si lo hubiese picado una tarántula, mesándose exageradamente los cabellos, distorsionando el rostro, bramando falsamente de dolor, reclamando histriónicamente justicia... Bueno... Eso, eso es el teatro.

El Soda se tomó la cabeza.

—¿Qué cobró? —balbuceó indignado.

—¿Cobró penal? —abrió los ojos el viejo, incrédulo. Dio un paso al frente, metiéndose apenas en la cancha—. ¿Qué cobrás? —gritó después, desaforado—. ¿Qué cobrás, referí y la reputísima madre que te parió?

El Soda lo miró atónito. Ante el grito del viejo parecía haberse olvidado repentinamente del penal injusto, de la derrota inminente y del mismo calor. El viejo estaba lívido mirando al área, pero enseguida se volvió hacia el Soda tratando de recomponerse, algo confuso, incómodo.

—... ¿Y eso? —se atrevió a preguntarle el Soda, señalándolo.

—Y eso... —vaciló el viejo, tocándose levemente la gorra—... Eso es el fútbol.

(Roberto Fontanarrosa)

Negra catínga



Hoy cumplí once años y papá me regaló un libro de Italia lleno de mapas y fotos de iglesias, de plazas, de parras, de lanchas y de gente italiana vestida con ropa de antes. Ahora ya sé de dónde vino mi abuelo porque papá hizo un redondel donde decía Sicilia. Debe ser muy distinto al pueblo de nosotros y seguro que allí los

barrios son todos iguales, no como acá.

Nosotros vivimos en un barrio que está entre el centro y las villas de la gente pobre. Todos los hombres de esta cuadra son empleados, como papá. Pero mi hermano y yo somos más morochos que los chicos de los vecinos. De eso me di cuenta el año pasado, el día que se armó la gran pelea.

Yo iba a cuarto y era amiga de todo el barrio. Más que nada de Chichita y Jorge Petrelli, dos chicos muy rubios que viven aquí a la vuelta. También jugaba con la gorda Marín, que es una aburrida, y con Marta Fraile, que siempre se hace la bonita porque tiene ojos verdes. A veces lo invitábamos a Carlitos, el hijo del dueño de la Tienda El Siglo, que por ser hijo de ricos es bastante tarado. Pero ese año estaba también un chico holandés que vino a la Argentina porque el padre tenía que estudiar no sé qué de la Shell o del petróleo.

Desde que llegó el holandés todos andábamos atrás de su monopatín y de todos esos juguetes raros que trajo de Inglaterra. Lo que más nos divertía era enseñarles palabras como “culo” y “carajo” y otras peores. Jorge Petrelli le pedía: —Decí soy un maricón —y nosotros llorábamos de la risa antes de que él empezara a repetirlo.

Yo no sé por qué le entendía algunas palabras de las de él. Capaz que es cierto lo que dice mi papá, que soy más viva que el zorro. Y con eso de que lo entendía, siempre terminaba consiguiendo algo más que los otros.

Un día Chichita Petrelli se enojó porque nunca le tocaba usar el monopatín. Claro, cuando yo lo agarraba, siempre me iba desde mi casa hasta el correo, que son tres cuadras en bajada con la calle toda de asfalto.

Ese día, cuando volví del correo, ella se puso a llorar y, como no se lo daba, me miró con cara de perra y me gritó delante de todos los chicos: —¡Negra catinga! ¡Sos una negra catinga! —Ahí fue cuando yo me puse rabiosa, porque eso lo dicen a los pobres que tienen cara de indios, a los negritos, y ahí no más le grité más fuerte: —Y vos sos una rubia podrida. ¡Una rusa de mierda! ¡Sos una culosucio! ¡Eso es lo que sos! ¡Mejor lavate la bombacha, que siempre andás sacando fotos gratis y se te ve toda la mugre! ¡Y sos muy mocosa para que te guste el holandés! ¡Y ahora TODOS van a saber que un día en la escuela un chico te tocó el culo! —Ella estaba toda colorada y me empezó a decir: —Andate, india olorosa... —pero no la dejé terminar y le tiré el monopatín por la cabeza y vi que le salió sangre.

Enseguida disparamos a mi casa, con mi hermano, que es menor que yo y más tonto para pelear. Le conté a mamá que no iba a ser más amiga de Chichita. Y le iba a mentir un poco pero entró la señora de Petrelli sin tocar el timbre y se peleó con mamá y se fue diciendo que éramos una porquería.

Después me di cuenta de que papá estaba escuchando todo desde la pieza. Cuando la señora ya estaba lejos él apareció con el cinto y nos pegó a mí y a mi hermano y le dijo a mamá que ella tenía la culpa de que fuéramos tan camorrones y que las indias no sirven para criar hijos, no como su mamá que era italiana y los tenía bien cortitos y los hacía trabajar de chicos.

Mamá lloraba y mi hermano como un bobo se le colgaba de la pollera.

Y ahí fue cuando se me ocurrió que tenía que estar del lado de papá, porque si me parecía a él nadie más me iba a gritar negra catinga. Por eso, ahora, no me subo más al paredón. Ahora juego con la gorda aburrida y me pongo los rulos y, cuando cumpla los dieciocho, me voy a teñir el pelo de rubio.

.JUANA PORRO

Nació en San Antonio Oeste, Río Negro, en 1949, y reside actualmente en Viedma. Es profesora en Letras, título obtenido en la Universidad Nacional del Sur. Es actualmente investigadora y docente titular con dedicación exclusiva en el Profesorado en Lengua y Comunicación Oral y Escrita de la Universidad del Comahue.

El saquito roto

Se llamaba María Isabel, pero le decían Nacha, no sabía por qué, y tampoco le importaba. Como tampoco le importaba que los chicos del caserío le gritaran "Nachacucaracha" o el almacenero le pidiera la plata antes de darle la botella de vino.

Lo único que verdaderamente le importaba era salir de la casilla de madera y chapa, tan oscura, tan húmeda, con esa sola ventanita demasiado alta que le impedía mirar hacia afuera. Salir de la casilla y buscar piedras redondas y flores amarillas en el yuyal junto a las vías del ferrocarril.

Allí estaba enterrado Panchito, el caracol: "¡Sacá esa inmundicia de aquí!" le había gritado la abuela cuando ella lo puso sobre la mesa, y su padre de un manotazo lo dejó triturado, tan lindo que era con sus cuernitos mojados y su casa lisa, como de cáscara de huevo.

Casi todos los días Nacha ponía las flores silvestres sobre la diminuta tumba marcada con una madera.

Después se iba a mirar cómo trabajaban los hombres que construían el puente que uniría su ciudad con otra ciudad, para eliminar la barrera. Los hombres tenían cascos amarillos y brazos musculosos, almorzaban asado, y muchos mediodías le daban un pedazo de carne sobre un trozo de pan.

-Tomá, para que te terminen de crecer los dientes y no parezcas una vieja desdentada-bromeaban. Y Nacha se reía, se reía, encogiendo sus hombritos flacos.

Como garuaba, se puso el saquito roto, no fuera a ser que se le arruinara el pulóver que le había dejado la visitadora social. Siempre le había quedado grande y, aunque hacía tiempo que lo tenía, todavía le llegaba hasta el borde de la pollera. Un chalequito gris con agujeros en los codos y manchas que no salían a pesar de los fregados.

Se limpió los mocos con una manga y salió, escabulléndose de la abuela, que mateaba mientras sus ojos, distraídos, perseguían un sueño o quizá nada.

En los charcos formados durante la noche se mojó las zapatillas. Sintió un escalofrío en todo el cuerpo, el mismo escalofrío que la sacudía cuando regresaba de su vagabundeo y estaba su madre esperándola con los brazos en jarras y los ojos furiosos.

-¡Mocosa callejera! ¡En vez de quedarse para ayudar a la abuela! ¡Y mírese la pinta, roñosa! ¡Me mato trabajando para que sea gente y lo único que sabe es escaparse! En cinco casas lavé y planché hoy. Cinco casas... para que el vago de su padre se lo tome en tinto y la vaga de mi hija ande por ahí como un perro perdido. Yo, a los siete años, prendía el fuego, cocinaba, bombeaba el agua, cuidaba a mis hermanos más chicos. Y ahí nomás le llovían los golpes en las mejillas, en la cabeza, en el traste.

-Hasta que me canse y me mande a mudar. Porquerías todos.

La abuela se la sacaba de las manos "¡Basta, basta, te ensañas con la chica!"

-Es que estoy cansada..., tan cansada... Esta vaga..., igualita que el padre.

-Tené paciencia, la Nacha no es mala... Hace cosas de chicos... El Juan no tiene suerte, ya va a encontrar algún trabajo en firme... Yo te entiendo, claro que te entiendo... Si no tuviera las piernas enfermas te ayudaría, pero qué se le va a hacer.

Nacha se paró junto a las vías. Los trenes pasaban despacito por la cuestión del puente. A veces se quedaban parados un rato allí y ella miraba las caras de la gente a través de los vidrios de las ventanillas. Casi nadie reparaba en su presencia.

Pero esa mañana sí, una señorita muy linda se asomó, le hizo señas y le tendió un billete.

-Tomá, para que te compres caramelos. Un hombre de corbata, un poco más atrás, le alcanzó unas monedas. Nacha se puso a caminar a lo largo del vagón y muchos otros le entregaron dinero.

Era la primera vez que le ocurría. Qué buena gente pensó.

Cuando el tren echó a andar y se perdió a lo lejos, Nacha reía, saltaba en dos pies, en un pie, daba vueltas como una marioneta.

Apretó las monedas y los billetes en sus manitas amoratadas por el frío y corrió hasta su casilla.

-Mirá, abuela, me lo dieron en el tren... Mirá... -seguía riendo, mojada, desdentada, mientras se quitaba las zapatillas y la abuela contaba el tesoro.

-Trescientos pesos, Nacha ¡Qué bien! Otras veces paró el tren y no dieron nada ...¿vos pediste?

-No, no pedí. Miré nomás.

-Vení para acá. Dejame ver..., dejame ver... Pero claro, si es ese saquito, el saquito roto. Desde mañana te lo vas a poner todos los días y te vas a quedar junto a la vía esperando que pare algún tren. Miralos bien a los de adentro, ¿sabés?, y si no sueltan nada, vos estirá la mano para que se den cueta. ¿Entendiste? Así tu madre se pone contenta y no dice más que somos una carga. Así tu madre... se pone contenta... y no te pega más... ni piensa en irse y dejarnos solos... ¿me entendiste?

Nacha no tiene tiempo de juntar flores amarillas para la tumba de Panchito. Tampoco tiene tiempo de hacer los deberes que le dan en la escuela -la visitadora social dijo que si no la mandaban a la escuela podrían ir presos-. Ni bien se quita el guardapolvo dudosamente blanco que le dio la cooperadora, la abuela le pone el saquito roto y la manda a las vías, a esperar los trenes que paran...

Hasta que anochece, Nacha se queda allí, estirando la mano, poniéndose en puntas de pie para golpear con sus nudillos los vidrios bajos de las ventanillas y avisarle a la gente que ahí está ella. Se aburre, se cansa mucho y le duelen las piernitas flacas. "Hay que aprovechar ahora, porque pronto van a terminar el puente y los trenes no se detendrán más", dijo su padre.

Nacha sueña de noche con trenes veloces que la persiguen, con trenes larguísimos que pasan junto a ella sin detenerse, y se despierta con la frente mojada de sudor.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que su madre ya no se pone contenta con lo que lleva, le parece poco, le grita igual que antes, le pega igual que antes y no quiere que se saque de encima ese saquito roto por cuyos agujeros le entra todo el frío del invierno y se le escapa toda la maravilla de la infancia.

POLDY BIRD



El viaje de Rita

“Levántese, m’hija”, dijo la madre sacudiendo con suavidad el brazo de la niña, que dormía sobre unos cojinitos. El amanecer aún no había despuntado y, para el lado de las serranías altas, la noche era un largo bostezo. Como el de la niña. Pero no tardó en seguir la orden de la madre; se levantó con ganas,

porque iba a ser el día del viaje al pueblo. Siete, tal vez ocho años, enjuta pero con fuerzas para ir a buscar el agua al arroyo, levantar el balde con la soga del empobrecido aljibe, arrear las cabritas. Una niña activa y dispuesta, a pesar de las comidas flacas. Rufino Cuevas preparaba el carrito: un cajón –habría servido para llevar verduras, tal vez- con dos ruedas que él mismo había tallado y encajado en un eje de la misma madera. Allí viajaría la niña, porque el viaje era largo y se podía cansar. Y después el carrito serviría para traer algunas cosas; acaso harina, aceite, algún embutido. Eso, con suerte. Mientras se preparaba, Rufino iba recordando cómo, cuando era chico, el río bramaba. Tanto, que una vez se llevó la ranchería, y los que no murieron ahogados o con la peste se fueron como sonámbulos para no volver nunca, nunca más. El rancho del padre de Rufino estaba en lo más alto y era el más alejado del río; incómodo para buscar

el agua pero a seguro. Y allí se habían quedado, con unas pocas cabras y otras pocas gallinas; también, una vaca y un caballo que al fin murieron de hambre. A Rufino le había quedado en la nariz el olor a muerte de la tierra cuando, al bajar el torrente, sobrevivió tan sólo la porquería. Pero después había venido la seca, y duraba años, muchos años. Ahora sólo tenían, además de las cabritas, algunas ponedoras que sobrevivían con el poco maíz que podían cosechar. Y dos de los siete hijos que habían tenido con la Delfina. Cuatro mujeres y tres varones. Dos de los muchachos los mellizos, Francisco y Pedro, los mayores, se habían ido sin rumbo -tendrían trece años por entonces, con un arreo que había pasado como por casualidad, porque nadie pasaba por allí salvo en época de elecciones, y no supieron más de ellos aunque Rufino bajó al pueblo y preguntó a todo el que se le cruzaba si no había visto a sus muchachos, y al doctor Mansilla le rogó llorando que se los encontrara, pero los muchachos no volvieron ni nadie por años supo decir que los había visto; el otro, justito el que se llamaba Rufino como el padre, se había ahogado en el dique, muchas, muchas leguas al Norte. Eso les habían dicho; el muchacho era arisco y desobediente, y se había marchado justamente en el camioncito que venía a buscarles los documentos a Rufino y a la mujer, y después (siempre era domingo) los llevaban a ellos, con o sin la cría, los metían en un galpón en la orilla del pueblo, y los iban sacando de a unos cuántos para subirlos al camión y llevarlos a que votaran (les daban la boleta, claro está); después les devolvían los documentos y los largaban con unos pesos y una bolsa con alimentos. Las elecciones eran buenas para ellos. A los críos no los habían documentado. La hija mayor, Asunta, debía tener ahora dieciséis años, más o menos. Y la que seguía, Rosarito, catorce o quince. Hacía mucho que, por una causa u otra, no las veían. Habían hecho el viaje juntas, una ponchada de años atrás. Ahora estaban la Rita, y la de dos años, que ni nombre tenía porque la llamaban Chiquita. A ésa nadie la había bautizado, a los otros sí, un cura joven que iba envejeciendo con la resolana mientras pasaba de tanto en tanto a lomo de mula, y que no casó a los padres porque no tenían los papeles del civil. Aún no clareaba cuando empezaron el viaje, con unas tortas fritas del día anterior que la madre había acomodado en el morral junto a dos botellas de plástico (una de las preciadas posesiones) con agua de la más clara que Delfina había podido conseguir. El viaje sería una marcha solitaria y silenciosa, los pies cansados de Rufino que no emitiría queja alguna, luego el sol ardiente, algún que otro comentario hecho con casi monosílabos, las ganas de la Rita de conocer el pueblo, los arbustos resecos y arrancados por el viento girando por las cuestas adormecidas y algo en Rufino que era lo mismo que había quedado en la Delfina: un desgano del alma que no llegaba a ser tristeza porque hacía tiempo que ni eso les había quedado.

Llegaron casi al mediodía. A Rita los ojos se le ponían enormes mirando las rancherías primero, después las calles asfaltadas y las casitas bien pintadas y los árboles que daban sombra y las vidrieras de los negocios y las letras que no conocía, grandes y de todos los colores, de las propagandas, y el hombre que iba con una máquina que Rufino llamó bicicleta y vendía algo que era helado, como los inviernos en la serranía, pero algún que otro chico se acercaba, le daba algo al vendedor y se iba de allí sacando el papel a una cosa de color que después lamía y lamía. Rita dijo “¿puedo?”, señalando al heladero y su riqueza. Rufino le dijo que sí, pero que después, cuando llegaran a lo del doctor. Allí iban, a lo del doctor Mansilla. Tendrían que llamar por el costado, no por la puerta principal de la oficina. Ojalá estuviera, pensaba Rufino, aunque había acordado, dos semanas atrás, que ese día se iban a encontrar. Rufino le había pedido un almanaque, e iba tachando día a día; en la sierra no importaban los días pero en este caso sí. Y como él sabía leer algo, podía reconocer qué día era lunes, y cuál jueves, por ejemplo. A Rita le seguían deslumbrando las casas prolijas, el verano tan ardiente en la choza y tan amable allí, las flores que nunca antes había visto, los perros –todos distintos- que les ladraban y le hacía acordar al Flaco, que era el pichicho que Rufino había llevado

alguna vez a la casa y que se había muerto como todo en ese lugar, porque allá arriba se morían las plantas, las flores, los sueños, las palabras, y la pequeña, que a pesar de las hambrunas era inteligente, percibía esos viajes, lentos y persistentes, hacia la nada. Por suerte para Rufino, el doctor Mansilla estaba, y lo iba a recibir, como dijo el empleado de la cochera, que era el lugar a donde Rufino debía ir. Como las otras veces, el doctor lo recibiría en una salita allí, cerca de los automóviles. Y así fue. El hombre lo trató como siempre, lejano, frío, frunciendo la nariz porque -Rufino no era tonto- le molestarían el olor a transpiración y a ropa vieja y lavada tan sólo con agua del arroyo. Pero no estaría mucho allí. Se acordó del pedido de Rita y le preguntó al dueño de la tabacalera si le podía comprar un helado. “Nada más eso, doctor”, dijo con una voz que se le atragantaba solita en la garganta. El señor del lugar mandó al empleado que si pasaba algún vendedor, le comprara el helado a la niña. Alentado por el gesto, Rufino se animó a preguntar por Asunta y Rosarito. “Están bien. Son buenas trabajadoras”, fue la respuesta escueta. “¿Se pueden ver?” dijo Rufino con un hilo de voz. “No, hombre, qué dice, ellas están en la finca”. Claro, allá, lejos del pueblo, en la plantación estarían. “Está muy flaca” dijo Mansilla, apuntando a Rita. “Pero es fuerte, ya va a ver” repuso Rufino, temiendo que lo mandaran a casa con la Rita a cuestas. “Bueno, le daremos de comer. Esperate aquí, que te van a traer unas cosas”. Claro, pensó Rufino, como la otra vez con las dos gurias. Por lo menos la Rita iba a alimentarse bien, y la Delfina y él tendrían para varios días. “Y estate atento, que pronto hay elecciones” dijo el doctor mientras desaparecía por una puerta lateral. Después, irse sin mirar atrás, el carrito cargado con los víveres y sin Rita, la cesta arriba, el sol caliente y sin piedad, los arbustos secos, la noche que llegaría montada en un bellissimo atardecer.

ROSA FASOLÍS

nació en Rosario (provincia de Santa Fe), Argentina, en 1946. Docente y escritora de poesía, narrativa y ensayo. Ganó numerosos premios a nivel local, provincial, nacional e internacional.

MARIPOSAS

Ya vas a ver qué lindo vestido tiene hoy la mía, le dice Calderón a Gorriti, le queda tan bien con esos ojos almendrados, por el color, viste; y esos piecitos... Están junto al resto de los padres, esperan ansiosos la salida de sus hijos. Calderón habla, pero Gorriti sólo mira las puertas todavía cerradas. Vas a ver, dice Calderón, quédate acá, hay que quedarse cerca porque ya salen. ¿Y el tuyo cómo va? El otro hace un gesto de dolor y se señala los dientes. No me digas, dice Calderón. ¿Y le hiciste el cuento de los ratones...? Ah, no; con la mía no se puede, es demasiado inteligente. Gorriti mira el reloj. En cualquier momento se abren las puertas y los chicos salen disparados, riendo a gritos en un tumulto de colores, a veces manchados de témpera, o de chocolate. Pero por alguna razón, el timbre se retrasa. Los padres esperan. Una mariposa se posa en el brazo de Calderón, que se apura a atraparla. La mariposa lucha por escapar, pero él une las alas y la sostiene de las puntas. Aprieta fuerte para que no se le escape. Vas a ver cuando la vea, le dice a Gorriti sacudiéndola, le va a encantar. Pero aprieta tanto que empieza a sentir que las puntas se empastan. Desliza los dedos hacia abajo y comprueba que la ha marcado. La mariposa intenta soltarse, se sacude y una de las alas se abre al medio como un papel. Calderón lo lamenta, intenta inmovilizarla para ver bien los daños, pero termina por quedarse con parte del ala pegada a uno de los dedos. Gorriti lo mira con asco y niega, le hace un gesto para que la tire. Calderón la suelta. La mariposa cae al piso. Se mueve con torpeza, intenta volar, pero ya no puede. Al fin se queda quieta, sacude cada tanto una de sus alas, pero ya no intenta nada más. Gorriti le dice que termine con eso de una vez y él, por el propio bien de la mariposa por supuesto, la pisa

con firmeza. No alcanza a apartar el pie cuando advierte que algo extraño sucede. Mira hacia las puertas y entonces, como si un viento repentino hubiese violado las cerraduras, las puertas se abren, y cientos de mariposas de todos los colores y tamaños se abalanzan sobre los padres que esperan. Piensa si irán a atacarlo, tal vez piensa que va a morir. Los otros padres no parecen asustarse; las mariposas sólo revolotean entre ellos. Una última cruza rezagada y se une al resto. Calderón se queda mirando las puertas abiertas, y tras los vidrios del hall central, las salas silenciosas. Algunos padres todavía se amontonan frente a las puertas y gritan los nombres de sus hijos. Entonces las mariposas, todas ellas en pocos segundos, se alejan volando en distintas direcciones. Los padres intentan atraparlas. Calderón, en cambio, permanece inmóvil. No se anima a apartar el pie de la que ha matado, teme, quizá, reconocer en sus alas muertas, los colores de la suya.

Samanta Schweblin

Casa tomada

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia. Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos al mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde. Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina. Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor para preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y mas allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la pared antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro?

Asentí.

-Entonces -dijo recogiendo las agujas- tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que me tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

-No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultaba molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar.

Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

-Fijate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiados ruidos de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpen en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

-Han tomado esta parte -dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

-¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? -le pregunté inútilmente.

-No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

Julio Cortázar

LA PIEDRA NEGRA



Otra cosa que me pasaba de chico es que perdía todos los útiles de la cartuchera, y a veces la cartuchera también. Mis padres debían comprarme cada día un nuevo lápiz, una nueva goma o un nuevo compás (¿todavía siguen usando compás y transportador en la escuela?), y una cartuchera por semana. Yo creo que existen ciertas personas cuya atención solo puede ser atrapada por algunos hechos muy llamativos, y no les queda atención

para ninguna otra cosa. Es el día de hoy que sigo perdiéndolo todo: los lentes de sol, el control remoto del televisor, una ojota, los papeles donde anoto las direcciones en los viajes. Por eso, me paso buena parte de la vida buscando. Es curioso, porque por un lado debo buscar objetos -llaves, la agenda, una tarjeta-, pero también busco historias para contar, busco sabiduría en las historias de otros escritores, y busco la verdad. ¿Qué es la verdad? Bueno, cómo debe vivir uno para sentirse completo, qué es el bien y qué es el mal, qué es el alma... En fin. Del mismo modo que no busco una sola cosa material: buscando el control remoto encuentro las llaves, buscando la agenda encuentro la lapicera, etcétera; tampoco busco una sola cosa cuando busco las demás: en busca de una historia puedo encontrar un consejo, o en la persona más inesperada puedo encontrar una buena historia. La actitud del buscador siempre debe ser un poco distraída: no sea cosa que por buscar con demasiada atención una sola cosa se pierdan muchas otras.

No sé si mis reflexiones les están resultando lo suficientemente claras; de modo que, por las dudas, como siempre, contaré una historia. No necesariamente porque mi historia vaya a dejar del todo claro el asunto de los buscadores, sino porque, si no queda del todo claro, al menos habrán disfrutado de un cuento.

Cierta mañana de enero me hallaba caminando con mi padre por las playas de Miramar. Yo debía tener doce años. Como mi piel nunca se ha llevado bien con el sol, acostumbraba pasear por la playa a horas muy tempranas. Siete y media u ocho de la mañana, para poder disfrutar del mar y el cielo a pleno sin convertirme en un piel roja. El mar en las primeras horas del día es un espectáculo distinto: las aguas son plateadas, y la espuma es más blanca. El cielo es de un celeste discreto, como si estuviera apareciendo por primera vez. La brisa marina es fría, pero es un frío hospitalario. Mi padre caminaba silencioso, con las manos entrecruzadas tras la cintura; y yo zigzagueaba entre los restos de las olas y la arena húmeda. De pronto, mi padre se detuvo y vi que su mirada se clavaba en un punto de la arena húmeda. Inclínó apenas la espalda y recogió algo del suelo. Me lo mostró.

Era una piedra negra. Una piedra ovalada como un camafeo, reluciente y lisa. Era tan negra que parecía la matriz del color negro, el modelo del que se había partido para luego ir distribuyendo los matices del negro por el resto de los objetos.

Mi padre me mostró la piedra.

—Tal vez no haya ninguna piedra como esta en todo el mundo —dijo—. Está aquí tirada, y a nadie le interesa. Pero tal vez sea la piedra más negra del mundo, y tal vez no haya ninguna otra piedra igual. En ese caso, valdría más que el oro.

Yo extendí la mano para que depositara allí la piedra negra; pero mi padre, con una agilidad que pocas veces le he visto, llevó su brazo y su mano hacia atrás y lanzó la piedra más allá de las olas, al centro del mar.

Desde entonces, busco la piedra negra. Cuando buscaba los útiles, cuando busco el control remoto, cuando busco una buena historia o cuando busco la verdad, busco la piedra negra. ¿Y qué significa la piedra negra? Lo sabré si alguna vez la encuentro.

MARCELO BIRMAJER
(Argentina, 1966)

POEMAS

Cultivo una rosa blanca
en julio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo,
cultivo una rosa blanca.

en un carro de hojas verdes
a morir me han de llevar.

No me dejen en lo oscuro
a morir como un traidor;
yo soy bueno, y como bueno,
moriré de cara al sol.

José Martí
(Cuba, 1853/1895)

XXIII

Yo quiero salir del mundo
por la puerta natural,

¡Avanti!

Pedro Bonifacio Palacios
(“Almafuerte”)

Si te postran diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas:
no han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las
plantas
asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura
que se mellan los garfios de la suerte...

¡Todos los incurables tienen cura
cinco segundos antes de su muerte!

Llorar a lágrima viva...

Oliverio Girondo

Llorar a lágrima viva.
Llorar a chorros.
Llorar la digestión.
Llorar el sueño.
Llorar ante las puertas y los puertos.
Llorar de amabilidad y de amarillo.
Abrir las canillas,
las compuertas del llanto.
Empaparnos el alma, la camiseta.
Inundar las veredas y los paseos,
y salvarnos, a nado, de nuestro llanto.
Asistir a los cursos de antropología,
llorando.
Festejar los cumpleaños familiares,
llorando.
Atravesar el África, llorando.
Llorar como un cacuy, como un
cocodrilo...
si es verdad que los cacúes y los
cocodrilos
no dejan nunca de llorar.
Llorarlo todo, pero llorarlo bien.
Llorarlo con la nariz, con las rodillas.
Llorarlo por el ombligo, por la boca.
Llorar de amor, de hastío, de alegría.
Llorar de frac, de flato, de flacura.
Llorar improvisando, de memoria.
¡Llorar todo el insomnio y todo el día!

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

Federico García Lorca

FIORD EN PRIMAVERA.

Yo iba en mi canoa
iba en el mar
iba remando
suavemente en el fiord Ammassivik.
Había hielo en el agua
y en el agua un petrel,
movía la cabeza a un lado y al otro
no me vio remando.
De pronto sólo se vio la cola

después nada.
Se hundió pero no por mí:
una gran cabeza sobre el agua
la gran foca peluda
cabeza enorme con enormes ojos, y
bigotes,
toda reluciente, chorreando agua
y la foca se me acercó despacio.
¿Por qué no la arponeé?
¿Me dio lástima?
¿Sería por el día, el día de primavera, y
la foca
jugando con el sol
como yo?

Anónimo esquimal

LOA DEL ESTUDIO

¡Estudiá lo necesario! Para aquellos
cuya hora ha llegado
no es nunca demasiado tarde.
¡Estudiá el "a-b-c"! Eso no alcanza,
pero
estudialo, ¡no te canses!
¡Empezá! ¡Tenés que saberlo todo!
Preparate para ser el mejor de tu clase.

¡Andá a la escuela, desprotegido!
¡Buscá el saber, muerto de frío!
¡Empuñá el libro, hambriento!
Preparate para ser el mejor de tu clase.

¡No temas preguntar, compañero!
No te dejes convencer ni escuches los
chismes,
quedate con tus seres queridos.
¡Comprobalo por vos mismo!

Lo que no sabés por vos,
no lo sabés.
Controlá tus gastos,
sos vos quien va a pagarlos.
Poné el dedo sobre cada deuda
y preguntá
"y esto, ¿cómo me hizo mejor?"
Preparate para ser el mejor de tu clase.

Bertolt Brecht